

Praeputium



JOSÉ BALZA

A Yafi Nose

1

Fue mi hermano mayor, poco antes de morir, quien me rogó hacerlo. Yo tenía 12 años y no comprendí exactamente su orden, pero él mismo indicó que esperara: cuando tuviera la edad suficiente ella se acercaría a mí. Yo sabía con exactitud de quién hablaba, porque fui testigo de las veces en que ella pasó cerca de nuestras siembras o de las veces en que él escapó de noche hacia el castillo.

Ahora que tengo 18 años me parece que ella, Fabianne de Brandeis, es más joven que antes, cuando mi hermano iba a verla. Y sin embargo debe ser una mujer algo madura, aunque su cuerpo, su piel, sus movimientos son elásticos como los de una niña. Mirella, hija de un cazador vecino, la admira y dice que es bella, pero que también es maga y viejísima. Yo no le creo: Mirella no logra que me interese tanto en ella como en la dama de Brandeis.

Excepto yo, nadie supo el secreto de mi hermano. La causa de su muerte es lo mismo que me impulsa hacia Fabianne. Somos una familia de puros hombres, en la cual mamá reina y dirige como si fuéramos lobos y corderos. Hay dos hermanos antes que yo y dos después de mí. Nunca supe que alguno de ellos se comunicara con la dama. Tal vez porque yo tengo el cabello rubio y largo y el cuerpo fuerte como el de mi hermano mayor. Desde siempre aquí hemos trabajado junto a papá y nuestro vino y nuestro trigo, nuestros frutos son de gran calidad. Quizá en uno de sus viajes vendiendo cosas por la comarca, estando cerca del palacio cercano, mi hermano fue visto por primera vez.

Como he dicho (como quizá te diga finalmente hoy, hermano), yo tenía 12 años cuando los vi conversar. Fabianne

de Brandeis vestía un traje dorado y venía en un caballo sostenido por el escudero de su esposo. Detrás, mujeres con hábitos oscuros, como una guardia de honor. Yo estaba inclinado sobre los surcos, muy cerca del manantial, que es nuestra fuente privada. Había que aprovechar el buen tiempo. Y ella se detuvo con su cortejo. Al lado, mi hermano se inquietó como un caballo. Tal vez era casualidad (¿o sabría algo él?) o tal vez no podía creer que la dama hubiese venido desde la ciudad hasta aquí para hablarle. Pero fue así: vino el escudero y lo llevó hasta ella.

Dos veces más hizo Fabianne este recorrido y por eso nunca la olvidé, aunque creo que nadie puede olvidarla después de haberla mirado. ¿Duró todo apenas algunas semanas o algunos meses? No puedo precisarlo. El enloqueció por ella y fue a verla casi cada noche. Desafiaba la nieve y las tempestades. Sólo cuando el dolor lo obligó a inmovilizarse, cuando ya no pudo venir al campo a trabajar, me pidió ayuda y comencé a curarlo, bajo el juramento de no revelar nada. Las medicinas administradas por mamá o por algunas viejas de la localidad no servían.

—Contigo será perfecto, cuando ella te busque obedecer como si fueras yo mismo.

Tales fueron las palabras de mi hermano cuando iba a morir. Palabras que sólo ahora entiendo y que me repito esta noche, porque con ellas celebro su memoria y mi triunfo. A menos que hoy se cumpla algo que no puedo adivinar y que desde hoy comience yo a ser excluido del castillo. (Y entonces iré a decírtelo en el cementerio, hermano.)

En verdad, casi nunca pensé en la dama hasta hace pocos meses. Ella estaba en la plaza acompañada por quien debía ser su esposo, un caballero arrogante y algo marchito. Yo distribuía la misma mercancía que hemos cultivado.

Otras veces había escuchado los rumores que circulan por el mercado: se acaba el siglo, también el milenio, dicen. No comprendo bien este asunto de los tiempos. Hay adivinos y sé que debemos practicar baños especiales y ensalmes. Precisamente mientras un ciego recitaba esa letanía del fin del milenio, al levantar la cara sentí aquella mirada encantadora: Fabianne está sola, junto a mí. Vislumbré el alto tocado de oro y damasco, la capa enjoyada. Bajé la cara, pero ella colocó su mano en mi cabeza. La ví, sonrió como si nos conociéramos. Supe que había hallado la mujer de mi vida, que ni Mirella ni las otras chicas de Frauburg pueden comparársele.

Mi hermano —sabio e infortunado— tenía razón: ella me había encontrado. ¿Cómo pudo saber que yo sería el elegido?

2

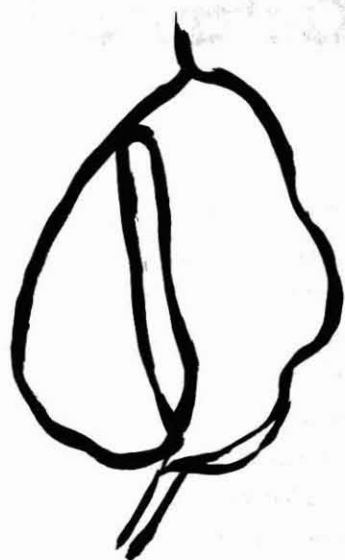
Desde hace algunos meses acudo por las noches a la hermosa habitación de esta torre, donde ahora la espero. ¿También mi hermano fue recibido aquí? ¿Cuántos otros vivieron lo que él y yo? Tal vez la belleza y la juventud de esta dama se nutran del alimento que somos nosotros.

Hoy comerá el último bocado y eso puede significar mi exilio del palacio para siempre. ¿O a pesar del agotamiento seguiré siendo suyo? Esta noche es decisiva y sé que debo acatar lo que venga. Mi hermano dijo que la obedeciera.

Hay candiles y cortinajes que tapan la ojiva, un lecho de madera oscura, alto y protegido por ricos tejidos, muy suave en el centro. Flores y licor que ella nunca prueba, aunque me incita a tomarlo con fascinante imposición. ¿Murieron muchos como mi hermano? Tampoco yo tengo claro por qué sigo vivo y sano. Me digo que la experiencia del deseo, de tanta pasión inagotable me protege. Cuando ella ha cumplido su impulso, delirante y feliz, yo voy hacia el manantial, la fuente de mi casa, corro a ella y ya en las aguas vuelvo a frotarme y a eyacular, con la misma intensidad como si estuviese dentro de ella, cosa que jamás ha ocurrido porque su gusto es otro, tal vez impensable, superior. Entonces, así, la siento doblemente mía. Y el agua es ella y sano rápidamente para volver cuatro o cinco días después.

Hace apenas un momento que el siervo me dejó solo. Es medianoche.

Como siempre, Fabianne entra silenciosamente. Aunque esté muy atento a su llegada, sólo advierto que está aquí cuando me toca el pecho. ¿Efecto del largo trago de licor que bebo al llegar, según sus indicaciones? Esto quizá permitiría



a Mirella —si lo supiera— confirmar su idea de que es una bruja. Fabianne arroja el delicado manto que la envuelve y queda desnuda. Las velas están colocadas para que su vientre destaque frente a mí, sobre los almohadones bordados. Todo yo me voy en la mirada: su sexo palpita como una rara flor, su vello y su olor me turban. Lanzo mi cuello hacia allí, quisiera quedarme para siempre con la boca adherida, absorbiendo. Ella me dejará hacerlo por algunos momentos. Entonces acerca una copa, bebo y la beso. Su boca es tan dulce como la otra boca. Ahora sus manos vibran un poco al quitarme el sayo, al bajar el calzón.

Sus ojos irradian, sus manos me aprisionan. Fabianne tiene frente a ella mi lanza sanguínea. Va a besar desde abajo, desde los cojones, morderá suavemente el pelo cobrizo y lame la cabeza.

La primera vez yo no entendía su juego. Ella apretó y movió el prepucio hacia atrás, con una lentitud que me enloquecía. Creí que iba a beber la primera gota, pero no, siguió tocando la piel móvil, sintiéndola arrollarse y estirarse, cubrir mi verga y destaparla. Nunca imaginé que su pericia lograría que mi prepucio tapara todo el poderoso animal erecto. Susurraba para que yo me contuviera y así lo hice. Y en medio de ese placer extremo, hundiendo yo mis dedos en su carne maravillosa, su boca comenzó a succionar. Creo que supo calcular: en el instante del éxtasis, el placer fue llevado más allá de lo posible: sus dientes arrancaban un pedazo de prepucio. La sangre y el semen en su rostro, mi pasión ardiendo rostro a rostro. Y su boca masticando mi carne, triturando la piel, su orgasmo como un prodigio.

Durante meses he dejado que ella devore. Dentro de unos segundos va a morder y yo viviré doblemente nuestro placer. Sólo resta un último bocado. ¿Qué será de mí después? ♦